

Lucía Lozano Calderón

2º B

La batalla de Clipson

Sellane había viajado por todo el mundo para encontrar a esa persona que tenía lo que él necesitaba. Había recorrido cada país en su busca. Sellane vivía en un planeta muy lejano a este, que ni siquiera se conocía. Su nombre era Clipson. Clipson hubiera sido al menos para mí como un pequeño paraíso. Allí no había ciudades, ni avances tecnológicos. Todo el planeta era campo y humildes casas hechas de madera, pero muy resistentes a cualquier catástrofe que pudiera provocar su caída. Pero lo de las catástrofes no iba con Clipson. Era un planeta apacible y muy acogedor. El único defecto que tenía es que casi siempre estaba en guerra, y los que vivían allí estaban continuamente batallando. Pero no entre ellos mismos, sino con criaturas de otros planetas o galaxias. Las criaturas que habitaban Clipson, eran la mayoría centauros y cíclopes, aunque también se podían encontrar algún que otro humano. Sellane, por ejemplo, lo era. Cada uno de los que vivían en Clipson tenía su propio don. Sellane había nacido con el don de la batalla. Desde muy pequeño su habilidad para luchar había sido espectacular. Aunque también era un buen rastreador, y era por eso, por lo que se encontraba en La Tierra. En su planeta, había tantos habitantes que disponían de casi todos los dones, excepto de uno, que era el más importante y el que más necesitaban. Y según Sellane, ese don se encontraba en La Tierra. Llevaba buscando casi dos años. Sellane era pelirrojo y alto, comparado con los demás. Tenía los ojos castaños claros, casi anaranjados, y una piel blanca y fina. A Sellane le había costado mucho acostumbrarse a este planeta tan diferente del suyo. De donde él venía, en Clipson, siempre se mantenían las mismas temperaturas y no había nada que les diera calor o que alumbrase sus tierras, como a nosotros el Sol. Tampoco había contaminación, los habitantes amaban su planeta. El pasatiempo preferido en Clipson era entrenarse para las batallas cuerpo a cuerpo, desarrollar sus dones y aprender cada día nuevas técnicas. Mientras que aquí, el pasatiempo preferido es sentarse tras una pantalla y ver como pasa la vida, cosa que a Sellane le disgustaba. No podía comprender como nos pasamos las horas y días desperdiciando nuestra vida teniendo a nuestra disposición un mundo tan curioso y con tantas posibilidades para moverse y conocer nuevas experiencias. Eso era algo que su país no tenía. Allí no había muchos paisajes y su planeta era más pequeño de lo que pudiera imaginarse. Sin embargo, hubiera querido estar de vuelta lo antes posible, en cuanto encontrara a esa persona. En realidad, Sellane le había encontrado hace poco. No fue fácil. Encontrar un don en esa persona era casi imposible. Una

persona que le gustaba estar a solas, que no hablaba mucho, pero que se había hecho muy amiga de Sellane. Esa persona se llamaba Tania, y tenía dieciséis años. Sellane tenía veinte años y no sabía como una persona de aquella edad y con las características de Tania podía mostrar un don en un planeta que estaba totalmente absorto por una capa de contaminación y vicios. Pero dentro de poco, cuando Tania se quedara dormida, despertaría en Clipson, y claro, el impacto que sufriría al despertarse sería terrible. Una noche, Sellane se decidió y cuando Tania se quedó dormida en un profundo sueño, fueron transportados a Clipson.

Al llegar allí, Zack, un centauro que era lo más cercano a la realeza, recibió a Sellane y estuvo hablando con él durante horas, mientras Tania dormía plácidamente en una casa cerca de donde estaban. Al terminar la charla, a Sellane le quedó muy claro que si en unos días Tania no daba señas del don que necesitaba y que el rastreador de Clipson había jurado que tenía, habría que borrar sus recuerdos, o en el peor de los casos, quitarle la vida. No hacía nada en ese planeta y no podían arriesgarse a que lo descubrieran. Pero esto no le preocupaba, confiaba plenamente en que Tania les iba a brindar aquel don tan esperado. Al cabo de unas horas, no se puede decir a la mañana siguiente ya que allí no existía el mismo horario, Tania despertó. En ese momento, Sellane estaba fuera de la casa, hablando con Edmunk, un cíclope que le ayudaría a pulir el don de Tania. Se levantó y salió fuera de la casa para ver donde se encontraba y qué estaba sucediendo.

Se le disparó el corazón al ver a su amigo Sellane hablar con una criatura totalmente deformada. Ni siquiera pudo preguntar que qué estaba ocurriendo, que solía ser la reacción de todo el que entraba por primera vez en Clipson.

Tras horas de charla y presentación y muchas, muchas preguntas por parte de Tania, consiguió formar una idea de todo lo que le rodeaba. Estaba en un planeta lejano llamado Clipson con su amigo Sellane y muchas criaturas descomunales que le causaban respeto, aunque también había más personas. Allí no había playas ni desiertos, todo era un inmenso bosque con muchas piedras y árboles con frutas tan raras que Tania temía el mirarlos siquiera. No había Sol, ni tampoco Luna. Ni había niños pequeños, o cambios de temperaturas. Y tenía un don, que no sabía cual era. Tania pensaba que se habían equivocado de persona y que ese planeta estaba lleno de habitantes deformes y lunáticos. Durante los siguientes días, conoció a gran parte de la población, y poco a poco, fue zanjando amistades con muchos de ellos. En muy poco tiempo, empezó a entrenar, y a coger por primera vez una espada de verdad. Aquella espada podía medir por lo menos ciento cincuenta centímetros, y para Tania pesaba un quintal, por lo que le costaba manejarla con fluidez. Durante los entrenamientos, Tania era derrotada hasta por el que menos experiencia tenía, y pedía cada muy poco tiempo que le dejaran descansar.

Sellane y Edmunk pensaron que poco a poco se iría acostumbrando a manejar la espada y aprendería nuevas técnicas de combate. Pero no hizo falta mucho tiempo para que se dieran cuenta de que su don no era precisamente la batalla. Hasta el más miserable le derrotaba en cuestión de segundos. En una batalla no haría gran cosa.

Una de las veces en las que Sellane, Edmunk y Tania se hallaban sentados bajo un árbol mientras Tania le contaba como era su mundo a Edmunk, se acercó sigilosamente Zack, y les comunicó que Gatel, la mejor guerrera y gran amiga de Sellane, había llegado a Clipson. El don de Gatel eran las descargas eléctricas. Al principio solo podía descargar ese don contra alguien que le hiciera enfadar. Pero poco a poco, tras entrenarlo mucho, pudo desarrollarlo tanto que podía controlarlo como quisiera y con todas las partes del cuerpo que quisiera. Hasta el punto de que a veces se le escapa alguna que otra sin querer, las cuales eran muy potentes. Al presentar a Tania y Gatel, ésta se desprendió de una fuerte descarga eléctrica al rozar la mano de Tania, pero no intencionadamente. Tania ni se inmutó. Por primera vez, Tania daba señas de algún don. Estaba claro que su fuerte era un escudo que podría protegerla de cualquier cosa que pudiera afectarle, más bien, de cualquier don. Pero...¿de qué le serviría esto a los demás si solo se podía usar consigo mismo? Esto era algo que Sellane se preguntaba muy a menudo, hasta que se decidió a contárselo a Zack. Estaba claro que si esto no era lo que necesitaban, Tania lo iba a pasar bastante mal. Pero a Zack no le disgustó la idea. Cualquier don podía desarrollarse lo suficiente como para que llegara a proyectarse en los demás. Solo había que practicar un poco.

Tania lo daba todo durante los entrenamientos, pero no conseguía concentrarse con facilidad. Aquello era mucho más difícil de lo que jamás hubiera podido imaginar. El tiempo avanzaba y el momento de la batalla estaba cada vez más cerca. Tania había conseguido proyectar su escudo en varias personas, pero se desvanecía demasiado pronto. No tenían el tiempo suficiente como para que aprendiera a proyectarlo en todo el ejército, no porque fuera muy grande, que no lo era, sino porque abarcar tantos seres gigantescos y con dones tan desarrollados no era nada fácil para una novata como Tania. Pero muy pronto, empezó a sentirse más segura consigo misma y le era más fácil sacar aquel escudo y envolver a muchos seres durante varios minutos, para que el ejército contrario, no pudiera atacarles de ninguna manera. Llegó a ser imprescindible en los entrenamientos y se convirtió en una joya que jamás deberían perder.

Cuando llegó la hora de la batalla, todos estaban preparados. Los cíclopes, que tenían el poder de anticipar los movimientos del contrario, se situaban al final. Delante de ellos estaban los centauros, que podían hacer perder los sentidos a

los demás, lo cual era muy útil, ya que dejar ciego a uno con el que se está luchando no es mala idea. Muchísimos de ellos estaban armados con flechas y espadas. Y en primera fila, se encontraban todos los humanos, cada uno con especialidades diferentes. Entre ellos estaba Sellane y Gatel, que combatían siempre juntos y se ayudaban mutuamente. Y Tania, situada al frente de todo. Aunque a Tania no le podría afectar ningún don, se encontraba inevitablemente nerviosa y asustada. Era un gran ejército. Lo que más abundaba eran los centauros. Y lo que menos, los humanos. Esta era la tercera batalla en la que luchaban con criaturas espeluznantes y totalmente fuera de lo común, aunque Clipson no era precisamente algo común.

Al poco tiempo ya se veían acercarse las tropas a lo lejos. Esta batalla no iba a ser difícil, estaban igualados en ejército y armamento. Aunque posiblemente, ellos estarían más preparados para batallar, pero también era posible que tuvieran los dones poco desarrollados. Podrían encontrarse en cualquier situación. Era por esto por lo que el ejército de Sellane se encontraba perfectamente preparado, tanto mental como físicamente para afrontar cualquier movimiento que no se esperaran. Pero ante todo, estaban casi seguro que después de haber conseguido a alguien como Tania, iban a perder muy pocas batallas, puesto que su don no se podía encontrar fácilmente. De hecho, muchos de los que habitaban Clipson, habían visto el don de Tania por primera vez cuando llegó a este lejano planeta.

Cuando las tropas estuvieron frente a frente, hubo un silencio que nadie se atrevió a romper. Tania los observaba cuidadosamente. Eran criaturas realmente perturbadoras. No se les podía encontrar ningún tipo de belleza por ninguna parte. Iban bien armados, con espadas más pequeñas que las suyas. Pero Tania, tras observarlos durante un par de minutos, se dio cuenta de que a parte de ser un escudo, también podía ver los dones que tenían cada uno. Los que se encontraban en primera fila, eran seres relativamente parecidos a los humanos, pero que no lo eran. Todos tenían el mismo poder, podían controlar las emociones y la motivación, excepto uno, que leía el pensamiento. Este podía ser peligroso, ya que anticiparía algunos de sus movimientos si los pensaban previamente. Los que estaban en el último puesto, directamente no tenían ninguna especialidad. Eran grandes como los cíclopes, pero no sabía muy bien qué clase de criaturas eran. Ya que no tenían ningún don, suponía que deberían ser muy buenos en la lucha, aunque su tamaño y el peso que tendrían sus armas debía entorpecer sus movimientos.

Al cabo de un rato, el ejército contrario empezó a avanzar y el de Sellane también. Tania pudo proyectar el escudo sobre los que se encontraban a punto de luchar cuerpo a cuerpo y extenderlo sobre todos los que pudo intentando ignorar los nervios. Desde que había llegado a Clipson, no había comido o

bebido, la verdad, no se había percatado de ello porque no lo había necesitado hasta ese momento, que empezó a notarlo cuando los nervios estaban a punto de ganarle. Pero sabía que tenían más posibilidades y esperaba que ninguno de sus amigos de Clipson muriera por la falta de escudo. Sellane, Gatel y numerosos centauros entraban en ese momento a luchar. Comparados con el ejército de Sellane, no tenían nada que hacer. Ni una sola espada tocó a ningún compañero de Tania. En pocos minutos, el ejército de Tania estaba acabando con el contrario. Eran más débiles de lo que parecían. Pero aún no había acabado, y ellos contaban con algo de lo que Tania no se percató hasta entonces.

Había una criatura en el ejército contrario cuyo don era la hipnotización. Cualquiera que le mirase a los ojos, bastaba con unos segundos, terminaría uniéndose a su bando. Cuando esta criatura, tan poderosa que podía atravesar hasta el escudo de Tania, entró en combate, todos los papeles se cambiaron. En un par de minutos, en el ejército de Tania, solo quedaban Sellane, Gatel, Tania, algún que otro humano más y casi todos los centauros, que eran criaturas inteligentes. Mientras que los cíclopes habían sido todos engatusados al poco tiempo.

Pero ahora contaban con una ventaja, eran menos y podían organizarse mejor. Además, bajo la hipnotización los dones se cambiaban, algo de lo que Tania pudo darse cuenta cuando vio lo inútiles que habían pasado a ser los cíclopes.

Sellane y Gatel, junto con la participación de Zack y su increíble dominio del tiro con arco, y todos bajo la protección de Tania, en pocos minutos habían acabado con todos, o casi todos, porque los que habían quedado habían huido en una retirada.

Todos los que habían traicionado a su población, fueron expulsados de Clipson. Ahora había menos habitantes. Había muchos menos cíclopes, pero Edmunk, que no luchó en la batalla, seguía en este planeta. Era el único cíclope con el que había zanjado una amistad y se alegraba de que no lo hubieran expulsado de Clipson.

Con el paso del tiempo, Tania llegó incluso a manejar una espada y a ser casi tan buena como Sellane. También trabajó mucho cómo proyectar su escudo cada vez más y más. Sellane tuvo que viajar a otros planetas en busca de otros dones, ya que Clipson se había quedado desértico comparado con la cantidad de criaturas que había antes.

Llegaron nuevas visitas, y entre ellas había un humano. Tania se acordó del momento en que pisó Clipson por primera vez. Estaba muy asustada y se temía lo peor. Se compadeció al verlo dormido en una cama y pensó en cómo sería su reacción al despertar. En el momento en el que Tania se vio reflejada en aquel chico, recordó el por qué estaba allí, y se preguntó que cuánto tiempo habría pasado desde su llegada. ¿Meses?, ¿años? Allí donde ella se encontraba era imposible saberlo. No había relojes, ni existía el día o la noche. Ni siquiera

podía saber si habría cumplido ya los diecisiete años. Todo en Clipson era muy distinto que en La Tierra. Y eso, en parte, era uno de los motivos por los que no se había planteado volver a su planeta. Estaba dispuesta a quedarse en Clipson. Todo era como un sueño, como el planeta de lo imposible hecho realidad, y eso, le hacía sentir bien.

Cuando hubo pasado un tiempo equivalente a unos cinco años en nuestro planeta, Sellane aseguró que había otro don en La Tierra. A la hora de trasladarse, Tania le comentó que quería acompañarlo, tal vez, por pura nostalgia. Sellane no encontró motivo alguno para negarle la propuesta.

Al terminar la búsqueda, habría pasado unos meses, Sellane aceptó que, por primera vez, se había equivocado. Esta vez, no encontraba a nadie que le llamara la atención. A la hora de volver, Tania no se encontraba en el sitio acordado. Esperó y esperó lo que pareció una eternidad por si Tania se estaba retrasando.

Tras esperar durante largos minutos, Sellane empezó a comprenderlo todo.

Por un momento imaginó que era él el que volvía a su planeta originario. No era Clipson. Él había llegado a Clipson por obra de Zack. Sellane había nacido en un planeta no tan lejano de La Tierra. Un planeta que era la perfección para él, todo lo que hubiera deseado en su vida. Era esa la razón por la que no le dejaban visitarlo. Porque si lo hiciera, no volvería jamás a Clipson, que de cierto modo, había sido como una prisión para él. Estaba claro que Tania quería estar donde había nacido, en el lugar que le pertenecía, en su planeta, con sus amigos, su familia, su hogar... y también estaba claro que se había escapado. No hizo intento alguno de buscarla. Había sido maravillo para ella, algo mágico que nunca olvidaría, y también para Sellane. Él sabía que si la dejaba marchar, no la iba a encontrar nuevamente, pues, como decía un dicho en Clipson, "don perdido, no vuelve a ser reconocido". Sabía que Zack iba a mandar a muchas de sus criaturas a buscarla y matarla para que jamás Clipson fuera descubierto por alguien que podría suponer una amenaza para el planeta. Pero de eso ya se encargaría Sellane cuando llegara el momento. Era lo que menos le preocupaba. Sabía que Tania tenía ya veintiún años, y que tal vez habían sido un poco precipitados al querer apartarla de ese modo de lo conocido hacia lo desconocido. A Tania también le entristecía la idea, pero ambos sabían que su sitio era La Tierra, y que alguien como ella no tenía nada que hacer en Clipson. Tania y Sellane no volvieron a encontrarse nunca, y el secreto sigue guardado. Todo quedó como un sueño real o una fantasía. Pero tanto Tania como Sellane sabían que eso no podría ser olvidado por una mente que vive encerrada en un mundo cientifista. Aún así, Clipson jamás fue descubierto por alguien no deseado.

